

"Dios ha muerto" gritó Friedrich Nietzsche al final del siglo XIX. Lo que el filósofo alemán quiso decir con esto era que el hombre había logrado confianza en sí mismo y que estaba en condiciones de enfrentarse al mundo él solo, libre del paternalismo de las religiones. Sin embargo este ideal con el que soñó Nietzsche no se ha logrado, lo que es un fracaso de la especie humana. Los sistemas políticos que gobiernan el destino humano no hacen nada para dotar a la gente de confianza y seguridad en sí misma. El capitalismo permite que tres cuartas partes de la humanidad se muera de hambre. El marxismo que fue la esperanza de muchos, fracasó estrepitosamente y sus seguidores se vieron obligados a solicitar de la poca generosidad del capitalismo, con lo que el número de hambrientos ha aumentado. La exploración del espacio nos prueba cada día que estamos solos. Los adelantos de la ciencia y la técnica, con ser útiles para salvar vidas, no sirven para salvar de la esclavitud, la ignorancia y el hambre a millones de personas.

No es difícil explicarse por qué la humanidad se vuelve cada vez más a Dios en la búsqueda de preguntas sin respuestas todavía. Las religiones tampoco ofrecen respuesta, sólo alientan la esperanza, lo único que quedó en la caja de Pandora. Desde el papa Juan Pablo II hablando a millones de personas llenas de dudas, hasta Saddam Hussein llamando a la guerra santa, por encima y más allá de la historia, de la multitud de acontecimientos y del poder, de toda esta sucesión inevitable de sucesos grabados en las tablas

Movimiento feminista

por María Elena Oddone

Rebelión femenina en las iglesias

del tiempo, queda únicamente la esperanza de lo eterno.

Las religiones han sido inventadas por los varones y son conducidas por ellos con exclusión de las mujeres. Ellas son más religiosas que los hombres, porque sus vidas son más penosas por eso necesitan más de la esperanza en el más allá. La voz de la religión que le dice a la mujer que su salvación eterna está criando hijos, es el reflejo en la asamblea religiosa del sistema social patriarcal. Más aún, todas las religiones, en sí mismas, aprueban este sistema social, creando mitos sobre la posición inferior y auxiliar de la mujer como "parte del orden establecido por Dios" y no como en realidad es: un desorden injusto creado por el error humano.

El simbolismo de Dios como un patriarca masculino, como un guerrero, rey de los ejércitos y juez y también como un pastor macho dominante sobre un laicado femenino e infantil, es simplemente una proyección en el nivel teológico y eclesiástico de la misma jerarquía patriarcal de lo masculino sobre el femenino. Desafiar esa dominación significa desafiar todo el lenguaje simbólico del orden, la jerarquía, el poder, la soberanía y la autoridad de religión, establecidos por el patriarcado.

• Las rebeldes

Las mujeres creyentes en Dios que se oponían a la ti-

ranía de la Iglesia Católica en el siglo XV, formaron un movimiento de mujeres libres que fueron reunidas en beaterios o conventos. Algunas habían sido recluidas por falta de dote para hacer un matrimonio. Un libro famoso, **La religiosa**, de Diderot cuenta una historia así.

Expresarse contra la Iglesia les supuso caer en estados de angustia, de "posesión diabólica" y de locura. En los conventos era fácil detectar a las más radicales. Las hogueras del Santo Oficio tuvieron que arder muy alto para terminar con esta levadura fermentada. Aquellas desesperadas habían trasgredido lo establecido y eran castigadas porque su rabia contra las injusticias las hacía aparecer como discípulas del demonio.

La doctrina dice que somos iguales ante Dios, pero los tronos los ocupan solamente los varones. A la mujer le están vedados la capa magna, el cetro pontifical y la mitra.

Una vez alguien del género femenino se atrevió a desafiar este designio. Había nacido como Juana, pero predicaba como fraile y se hacía llamar Martin Polonus. Llegó a Roma como capellán papal y confesor. A la muerte de éste, fue elegida Papa unánimemente por su amplia cultura, que creó gran admiración en la ciudad. Cometió el error de enamorarse de uno de sus secretarios. En un Papa varón este desliz no tiene consecuencias, en una

mujer sí. Juana quedó embarazada y dio a luz durante una procesión. Murió apedreada por la multitud. Había permanecido en el trono papal dos años, siete meses y cuatro días.

Obviamente la Iglesia borró todos los rastros de su existencia. No está incluida en la lista de los Papas, muchos de los cuales tuvieron vidas escandalosas, pero eran hombres. La historia de la papisa pasó de la historia a la leyenda, ese terreno incierto, que es el destino de las hazañas femeninas cuya soia existencia cuestiona la tradicional pasividad, que más que una realidad es una imposición.

• Las nuevas rebeldes y el Catecismo Universal de la Iglesia Católica

El gran cambio en las creyentes actuales es que actúan como sujetos morales que toman sus propias decisiones. La fe de las mujeres modernas no se ve afectada porque sus prácticas sean distintas de las ordenadas. Las mujeres creen en Dios, pero hacen lo que más les conviene. Se divorcian, usan anticonceptivos y abortan. Llevan adelante su desobediencia sin complejos de culpa, porque como seres morales, pueden tomar sus propias decisiones.

El nuevo Catecismo presentado oficialmente en diciembre del año pasado, ha significado un paso atrás

respecto del Concilio Vaticano II, en los temas referentes a la reproducción y la sexualidad humana. Este texto continúa condenando la unión libre y el divorcio por "ofender la dignidad del matrimonio" y mantiene que la sexualidad sólo puede disfrutarse dentro del matrimonio y con la finalidad de procrear.

Por tanto, condena la anti-concepción y el aborto, considerado un crimen. Únicamente introduce la novedad de la clemencia a la hora de condenar a los homosexuales y a los masturbadores. La polémica acerca del contenido del Catecismo en los temas referentes a la sexualidad se vio avivada, especialmente en Italia, por unas declaraciones de Juan Pablo II en las que dijo que en el Paraíso la vida es similar a la de los ángeles y sin lugar para el amor físico.

En su nueva redacción el Catecismo sostiene la vieja doctrina del Infierno, Purgatorio y Paraíso, el Limbo ha sido eliminado, no se sabe por qué. Se mantienen los pecados mortales y veniales y se incluye una nueva categoría, los pecados sociales, como no votar o defraudar al fisco, "la tangente", ha sido muy criticado el apartado que se refiere a la pena de muerte, que se admite para algunos casos y el concepto de guerras justas, también admitidas. ¿Hay alguna guerra que sea justa? La historia de las guerras demuestra que nada puede jus-

tificar las atrocidades que se cometen por los intereses económicos de las clases dirigentes.

La asunción de un mayor protagonismo por parte de las mujeres en todas las esferas de la sociedad ha llevado a la Iglesia anglicana a dar su paso más importante desde que, en el siglo XVI, Enrique VIII, de Inglaterra rompiera con el Vaticano: aprobar el sacerdocio femenino.

Para el obispo de Canterbury, la ordenación de las mujeres está en la misma naturaleza de la doctrina sobre el sacerdocio.

A pesar de la oposición del Vaticano a la ordenación de las mujeres, hay teólogos que defienden el acceso de la mujer al sacerdocio. Leonardo Boff, teólogo de la liberación que renunció al sacerdocio, había expresado con anterioridad su postura en contra de la discriminación de la mujer en la Iglesia. Para Boff "las mujeres son más de la mitad de la humanidad y de la Iglesia y son madres, hermanas e hijas de la otra mitad".

El decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Salamanca, José Román Flecha, opina: "Muchos teólogos reconsideran las bases escrituristas de la tradición".

Jesucristo no dio poder a las mujeres. En la última cena no fue invitada ninguna mujer. A Pedro, el discípulo que lo negó tres veces, le encomendó edificar su Iglesia y a todos los demás los reunió después de resucitar, para encargarles: "Id por el mundo y predicad el evangelio". En esa reunión no había ninguna mujer. La Iglesia sigue la tradición que inició su fundador, que no quiso dar poder en su Iglesia a las mujeres. □